

86/
M.

PQ 8623
.A7
T5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA RENACIMIENTO.—SAN MARCOS, 42.

PRÓLOGO

LA VOZ DESCONOCIDA

PRIMERA ESTROFA

Hija del azar,
Musa que á forzadas dejé, en la henestrosa,
de oro de retamas tejiendo un collar:
si no te quejabas, de tan ruborosa;
si languidecías, de tanto esperar;
si, en mi alma viciada, tu voz candorosa,
por años tan largos, dejó de sonar,
¿quién me lo diría que hoy te encontraría,
prados adelante, cruzando el henar?...

Doncellez del alma, Musa montañera:
diez años pasaron, de la vez primera
que, contigo, hacía buena compañía,
por los retamares, bajo los pinares

de la sierra mía.

¡Diez años pasados!—¡Quién nos lo dijera!
Cogióme la vida, llevóme apartado,
me embargó las fuerzas; ¡todo estoy mudado
del que conociste por la vez primera!

Tú eres la de entonces, moza todavía;
que si tu alegría
cada invierno cuidas, que es leña de hoguera,
¡la renuevas toda cada primavera!
Pero ¿por qué hay dejos de melancolía
en el encontrarnos, yo tan diferente,
tú igual á ti misma, como agua de fuente,
Musa montañera, moza todavía?...

Como de milagro, te hallé en esta altura;
y estos mis diez años, muertos de fatiga,
que llevo, en mi pecho, como en sepultura,
cuando en ellos clavas tu mirada amiga,
resucitan, vivos, á su lumbre pura.
Ellos son, mi Musa, como yo, diez veces,
puestos al entorno de tu catadura;
de mi pan hodierno son la levadura;
del vino, que hoy bebo, las amargas heces;
pero ellos te miran con ojos baldíos
y, esquivando hablarte, no se te confían;
que tú no eres de ellos, aunque ellos son míos;
me dieron sus armas, me dieron sus bríos;
mas, cuando luchaban, no te conocían.

Estos mis diez años fuéronme escuderos
para unos combates de afanes humanos;
metidos vivieron en techos urbanos;
le temen al aire, por estos senderos;
eran las ideas espada, en sus manos;
las doctrinas, linde de sus derroteros.

Del alma habitaron la peña cavada;
de las largas noches hacían jornada;
sobre unos legajos de letra grabada,
en el frío hostil, la color quebrada,
casi maldecían de la madrugada...
¡No sabían ellos del sol de las cumbres!
En toda batalla presentes se hallaron;
y, por afincarme, casi me anegaron
en lo colectivo de las muchedumbres...
Sobre mis cuarteles la cifra ponían
de los que, vencidos, á sus pies caían;
trasiego de cifras, trasiego de nombres,
entre las cambiantes leyes de los hombres,
mis años variaron el rumbo, de modo
que, en aquel trasiego, me mudé yo todo.

Hijos de igual padre, contrarios hermanos,
uno en otro, á veces, hacían aferro;
por servirme, entre ellos fueron inhumanos;
la labor miraban, pero no las manos;
fué romper enigmas su cifra de hierro.
De sus diez espadas tengo el alma herida;

con sus diez martillos forjaron mi vida;
 y ellos me acosaron, y ellos me ofendieron,
 pero ellos me hicieron:
 —si los diez me hirieron,
 ¡su herida es mi vida!

Musa montañera, de carne florida,
 si he nacido, de ellos, enjuto y mental;
 si, hundida en los hornos de lo cerebral,
 se hizo luz, la espada que antes fué metal,
 y hoy la empuño, al logro de lo espiritual,
 Musa montañera, de carne florida,
 ¿qué de común tienen mi vida y tu vida?
 Unas son tus flores y otros mis afanes;
 de distinta harina cuecen nuestros panes;
 ¡milagro sería
 que hoy te tropezara, sin melancolía,
 por estos oteros, entre estos gañanes!

SEGUNDA ESTROFA

Llegaba á este punto de mi cantilena,
 cuando, al claro día rompiendo el cristal,
 respondió á mis voces otra voz serena:
 La voz que me hablaba movió del hayal.

«Tengo una rapaza que es codiciadera;
 »se lava en las fuentes, duerme en la ladera;
 »con su mano grácil sacude la esquila
 »de la yegua madre que pace tranquila;
 »cuida de los nidos en los matorrales,
 »pone guijas blancas en los manantiales,
 »anda á pasos quedos por la yerba sorda,
 »y donde hubo fuego sopla la ceniza;
 »mulle á los chivatos el heno en la borda;
 »cuando ve pastores, les da en la pelliza.

»Ella es mi Figura, mas no mi Sentido;
 »le doy mis alientos y no mi palabra...
 »Siempre que en los hondos de mi templo hundido
 »guardo mi rebaño—lo Desconocido—,
 »trisca ella á las cumbres, vigilante cabra...

»Como es mi Apariencia primera y graciosa,
 »me rozo por ella con la turba humana;

»y nada le piden viéndola piadosa,
 »si no es que á diario les llene hortelana
 »de flores olientes ó fruta sabrosa
 »la cesta de mimbres ó el halda de grana.

»Ella sabe ardides, como es bulliciosa,
 »y ella me defiende de la gente vana.
 »Y yo así, en las sombras de mi madriguera.
 »guardo mis rebaños de la piel de fiera;
 »mi alforja de sueños bajo mis sobacos...
 »La rapaza mía, que me está á la vera.
 »rompe al vuelo toda mirada profana;
 »ya entretuvo un día la nación pagana
 »con sus correrías y sus arrumacos!

»Pero tú, que hablabas de aclarar misterios,
 »¿no oyes mi latido bajo mi coraza?
 »En la misma linde de estos mis imperios,
 »¿desviar tus pasos pudo la rapaza?
 »¿Será ley que nunca pasen mi corteza
 »desde un arco humano las flechas del verso?
 »¿A una Arcadia vana de exterior belleza,
 »piensas que le haría, pieza sobre pieza,
 »sitio en sus rodillas el ogro Universo?...

»Si espíritu buscas, arde mi zarzal;
 »quema tus sandalias para hacer camino;

»que si tú no partes su costra rural,
 »mal podrá librarte, sobre su fornal,
 »la Naturaleza su Enigma divino...

»¡Reid, aguas mías, hendiendo mis llanos!
 »Bajo su artificio de techos urbanos,
 »á medias ilusos y á medias profanos,
 »sobre sus telares, quieren los humanos
 »ser los tejedores de lo espiritual.
 »Si eres de tus tiempos enjuto y mental,
 »quema tus sandalias, arde mi zarzal;
 »que yo en mis abismos cuidando mi grey,
 »te dejo mis tablas en estas montañas;
 »pon á dar espíritu tus propias entrañas,
 »y á lo Dios, en ellas, esculpe tu ley.
 »Deja aquí tus cifras; graba aquí tus nombres;
 »la mayor doctrina te cabrá en las dos;
 »que si tú, á esculpirlas, vienes de los hombres,
 »Dios, para esculpirlas, venía de Dios.

»¡Renueven los tiempos la vereda oscura,
 »por donde, entre monstruos, pasó la Amargura
 »vestida de fuego del mayor poeta!
 »La Naturaleza sólo es la figura
 »de una ley divina que duerme en su veta.
 »Busca con tu espíritu mi espíritu arcano;
 »sobre mis fornales vuelca tu brasero;
 »quíbrame las ollas del bodrio pagano
 »y no sea en vano, si naciste ibero.

»Soy fornal de pueblos, horma de ciudades,
 »paridera de hombres, casal de doctrinas;
 »Cristo dejó el molde de sus santidades
 »entre mis pedruscos sobre mis colinas;
 »y en horas amargas, por unas angostas
 »veredas de montes hicieron andadas
 »Job el miserable que tuvo yegudas
 »y San Juan Bautista, que comió langostas.

»Templo de silencios, sobre mis peldaños.
 »si tu edad que adoras no ha nacido exigua.
 »fué porque extendieron los místicos paños.
 »desde mis cavernas, tantos ermitaños,
 »en la hora del parto de la edad antigua.

»En mis oquedades moldeo Naciones...
 »Para tú á mirarlo, buscador ferviente,
 »por todas las sendas, de una ley de Raza;
 »mira que no en vano, por estos rincones,
 »dejaron un día, milagrosamente,
 »la Francia sus huesos y Roldán su maza.

»La edad de los héroes la llevo en mi entraña;
 »la Historia de un pueblo toda es de montaña,
 »piensa que, en mis valles, toda audacia extraña,
 »cayendo, una piedra, la puede aplastar;
 »que el aire en que alientas y el sol que me baña
 »aún conservan dejos de la antigua hazaña;

»y que el Rey Abarca, que hizo tanta España,
 »ya pisó mis yerbas con su calcañar...

»Vergonzante ibero, dime tus afanes...
 »Yo haré que á tu mente no ladren mis canes;
 »por que te circunde, yo arderé el zarzal.
 »Renegado mío, dime tus afanes:
 »si no de mi harina, ¿de qué harás tus panes?

.....

 —La voz que me hablaba calló en el hayal.